



Estimados lectores, somos conscientes de que no es habitual presentar un editorial tan extenso como el que encontraréis a continuación. No obstante, os pedimos paciencia en su digestión. Junto al 15M, han surgido, además de las esperanzas y desconfianzas propias de un movimiento con tan contradictorios compañeros de viaje, una oleada de análisis rápidos, instantáneos, de apoyo o disenso inmediato, a menudo cayendo en lo más tópico. Creemos, desde Laberinto, que vivimos tiempos que necesitan justamente lo contrario: piensa más y acertarás, dice uno de nuestros compañeros. De ahí semejante editorial, que queremos compartir con nuestros lectores para seguir dialogando y actuando.

3

CRISIS IMPERIALISTA, INDIGNACIÓN Y LUCHA DE CLASES

Para explicar la crisis de todo el movimiento es necesario examinar, en primer lugar, el significado económico de la política correspondiente; en segundo lugar, las ideas que le sirven de base, y, en tercer lugar, su relación con la historia de las tendencias en el seno del socialismo.

V. I. LENIN, *El oportunismo y la bancarrota de la II Internacional*

No somos mercancía en manos de políticos y banqueros. El 15 de mayo de 2011 miles salían a la calle en numerosas ciudades, entre otras, bajo esta consigna promovida por *¡Democracia real YA!* La movilización había sido organizada junto a otros grupos y difundida, principalmente, a través de internet. La sorpresa por el éxito fue generalizada, incluso entre los convocantes, pero no carecían de razones que les hicieran intuirlo.

La primera, de índole histórica, era fundamentada en el conocimiento del proceso de las movilizaciones de masas en la crisis del 29. La respuesta de las clases populares a las agresiones del capital, y no digamos la ofensiva, no puede ser inmediata si falta una organización profunda, objetivos claros y experiencia de lucha. Las grandes protestas a la crisis del 29 comenzaron tres años después, una vez que sus consecuencias habían hecho mella en grandes sectores de la población, las posibilidades individuales de resistir a la crisis aparecían más utópicas que cualquier utopía colectiva y el miedo inicial a la lucha había dado lugar al miedo a la parálisis.

La segunda, mucho más cercana en el tiempo, era la huelga del 29-S. Pese a que las direcciones de UGT y CC. OO. llevan décadas jugando a la razón de estado, y frente al tópico del letargo de los trabajadores, las manifestaciones vinculadas a la huelga general –más que



los piquetes– dieron muestras de una capacidad de movilización por la que poca gente hubiera apostado. Pero el 29-S no tuvo continuidad. Las manifestaciones, huelgas y jornadas de lucha del 27 de enero, organizadas por los sindicatos minoritarios, tuvieron un respaldo muy desigual por territorios y sectores, sobre todo en relación a la fuerza de CGT y de los sindicatos de corte nacionalista. UGT no ha estado dispuesta a convocar una segunda huelga general al gobierno *hermano* de Rodríguez Zapatero, refugiados en la doctrina del mal menor. CC. OO., a pesar de los intentos de rebelión de las bases, sigue atrapada en la unidad de acción con UGT. Quizás piense en no deteriorar las relaciones ante la vuelta del ardor guerrero de los ugetistas. Quizá la hermana y la prima hermana piensen en la coyuntura subsiguiente a una eventual victoria electoral del Partido Popular, pero este tiempo no ha pasado en balde. No se han limitado a esperar. Han firmado el pensionazo y la reforma de la negociación colectiva. El pánico a una nueva bancarrota de la Internacional Socialista les lleva a ello. Ben Ali y Mubarak fueron expulsados en tiempo récord. En toda la Unión Europea sólo hay dos presidentes *socialistas*, Rodríguez Zapatero y Papandreu, en situaciones nada envidiables. Pasaron los tiempos de la nueva izquierda, de la tercera vía y de los Blair, Schröder y Jospin.

4

El 15M o movimiento indignado, cada nombre tiene pros y contras, es, entre otras muchas cosas menos importantes, una respuesta a la debacle del imperialismo con retórica progresista. Cabe preguntarse si es la indignación lo que media entre un socialdemócrata que quiere reconstruir la Internacional Socialista o un socialdemócrata desengañado por ella que, en las circunstancias actuales, se ha enfrentado al imperialismo en carne propia, empujado a la acción por la acumulación de contradicciones. Si la indignación produjese esos efectos merecería la pena detenerse un momento, tanto en su presunta paternidad como en su capacidad de servir de soporte ideológico a la articulación de numerosos grupos, no sólo en un acto que se agotó en sí mismo, sino durante un proceso que continúa.

Respecto a la paternidad, los medios de comunicación sentenciaron pronto: un abuelito francés, al parecer entrañable, con batallas de *maquisards* y nazis a sus espaldas, visto lo visto se indignó. Y nos explicó el porqué en un breve, y ya celeberrimo, panfleto de 12 páginas: *¡Indignaos!* En sus primeras líneas Stéphane Hessel señala el compromiso político de su vida con un gobierno de concentración nacional acaudillado por un jefe militar y un programa republicano-socialista:

93 años. Es la última etapa. El fin no está lejos. Qué suerte poder aprovecharla para recordar lo que ha servido de base a mi compromiso político: los años de resistencia y el programa elaborado hace 70 años por el Consejo Nacional de la Resistencia. A Jean Moulin le debemos, dentro del marco de este Consejo, el agrupamiento de todos los componentes de la Francia ocupada, los movimientos, los partidos, los sindicatos, con el fin de proclamar su adhesión a la Francia combativa y a su único jefe reconocido: el general De Gaulle. [...] El programa recomendaba [...] «la instauración de una verdadera democracia económica y social, que expulse a los grandes feudalismos económicos y financieros de la economía».

No es posible comentar el texto al completo –reténgase la expresión «grandes feudalismos económicos y financieros» para denominar al capital monopolista–, pero es importante señalar al menos la estructura catártica del discurso, su función política y la adecuación de la identificación entre texto y movimiento. Frente a la situación de crisis económica, procura situar al lector en un proceso en el que entre la indignación y el compromiso medie la responsabilidad. Indignación, en principio, por el nazismo, aunque ahora baste con encontrar un motivo concreto de indignación principal, en el caso hesseliano Palestina. La responsabilidad se encuentra en buscar un motivo de indignación si no se ha recibido tal don, porque además «es algo precioso», y en explicarla, sea su origen espontáneo o fruto de un trabajo de búsqueda:



A los jóvenes, les digo: mirad alrededor de vosotros, encontraréis temas que justifiquen vuestra indignación –el trato que se da a los inmigrantes, a los indocumentados, a los Roms. Encontraréis situaciones concretas que os empujarán a llevar a cabo una acción ciudadana de importancia. ¡Buscad y encontraréis!

Su pretensión catártica hacia el lector se fundamenta en la presión ejercida por la «gran corriente de la historia» que «debe perseguirse por cada uno». El poder del dinero y de los bancos, para los cuales el programa republicano recomendaba la nacionalización, tiene los efectos de provocar una situación, Hessel no lo dice así, revolucionaria. Afrontar lo que se avecina desde la ciudadanía y la Declaración Universal de los Derechos Humanos –«No me aguantó las ganas de citar el artículo 15 de la *Declaración Universal de los Derechos del Hombre*: «Toda persona tiene derecho a una nacionalidad»– provoca dos miedos:

Quando intento comprender qué fue lo que causó el fascismo, qué hizo que fuéramos absorbidos por él y por Vichy, me digo que los ricos egoístas tuvieron mucho miedo de la revolución bolchevique y que se dejaron guiar por sus miedos.

Nuestro autor, reconocido admirador de Zapatero y votante del PSF, teme que la burguesía y el proletariado se enzarcen. Y es claro en su posición: frente al fascismo recomienda, como buen francés, el bonapartismo, el compromiso. Concluye:

Hay que entender que la violencia vuelve la espalda a la esperanza. Hay que preferir la esperanza, la esperanza de la no-violencia. Es el camino que debemos aprender a seguir. Tanto por parte de los opresores como por parte de los oprimidos, hay que llegar a una negociación para acabar con la opresión; esto es lo que permitirá acabar con la violencia terrorista. Es por eso que no se debe permitir que se acumule mucho odio.

5

Concluimos: economismo de la II Internacional para el análisis macro, liberado de la pasividad del desarrollo de las fuerzas productivas en el análisis micro por el voluntarismo kantiano de la Internacional II y media. Ora la Gironda, ora la Montaña. La caja negra en la que se convierten el Estado y la política en este balancín es ocultada con el manto del republicanismo, se esté más tiempo sentado sobre el economismo o el voluntarismo. La importancia del republicanismo, y de las consustanciales ideas de soberanía nacional y ciudadanía, es total. Más allá del individuo la voluntad se concibe como sumatoria de voluntades individuales. Problemática nada novedosa que, desde el punto de vista del marxismo, quizás sea Sartre el que la llevase hasta sus últimas consecuencias. No es raro que Sartre sea mencionado nueve veces en esas doce páginas. Badiou plantea claramente esta cuestión en *Pequeño panteón portátil*:

A partir de los años 40, el inmenso esfuerzo de Sartre gira alrededor de una sola cuestión: ¿cómo la actividad, cuyo modelo único es la conciencia individual libre, puede ser un dato colectivo? ¿Cómo escapar a la idea de que toda realidad histórica y social es obligatoriamente pasiva?

Es esta problemática, que trasplantada de la filosofía y de la historia a la política es la problemática de la democracia, la que ha sido capaz de aglutinar en el 15-M a un movimiento a todas luces heterogéneo. Desde la derecha a la izquierda, cristianos y ateos, marxistas y anarquistas, desde militantes de los viejos movimientos con proyectos de transformación global de la sociedad a militantes de los «nuevos movimientos sociales» con causas principales y particulares de indignación, como *responsablemente* recomienda Hessel. Este hecho genera visiones divergentes del proceso. A poco que se esté atento a lo que se escribe el panorama es digno de comentarse. O bien el movimiento es producto de una conspiración o ya han llegado, o vienen en camino, los soviets, la anarquía, la democracia participativa,



el zapatismo, la polis, la comunidad, etc. Todo un síntoma de la debilidad que nos hace aferrarnos al atisbo del sueño en una realidad que forma circuito cerrado con la utopía. Cada uno arrima el ascua a su sardina. ¿Cinismo? No, por supuesto que no. Determinación en la función crítica de la teoría, confianza en la acción consciente. Desconfianza en el juego de farol. Farol que hoy en día, como antaño expresara Trotsky, nos lleva a *creer en la posibilidad de restaurar la democracia en toda su inconsistencia*.

Para salir del laberinto hay que dar el paso de las ideologías como discurso a las ideologías como prácticas. Pasar de la heterogeneidad del movimiento a su naturaleza de clase, dando prioridad a las líneas políticas efectivas. De los discursos divergentes a las prácticas comunes. Nada mejor para esto que repasar *la historia de las tendencias en el seno del socialismo*. Porque si puede estar a discusión hasta qué punto el libro de Hessel es índice de lo que realmente es el movimiento indignado –en unos casos más, en otros menos, en otros nada–, lo más sorprendente es que haya pasado desapercibida la amplia trayectoria de la «indignación», como concepto producido históricamente que cumple una función teórica en un discurso y que genera prácticas. Pondremos dos ejemplos que nos servirán para conectar algunas ideas expresadas anteriormente.

El primero es de Paulo Freire, extraído del libro *Paulo Freire conversando con educadores*. En su especial combinación de cristianismo y marxismo señala que:

6

Es la propia realidad la que, en muchos momentos, puede llevarnos a una situación de desesperación, de apatía, en la cual perdemos la visión de un mañana en el que ya no creemos. Es exactamente esta realidad la que me lleva a plantear la necesidad de la indignación. Es decir, en lugar de una posición fatalista frente a un mundo de dominación, en lugar de volverme fatalista –y por lo tanto cínico– yo planteo la necesidad de una pedagogía indignada. Yo planteo una existencia indignada... Para que sea eficaz esta indignación, tiene que ser planteada, también, en forma eficaz.

El segundo, de Trotsky en su *Réplica a Karl Kautsky*, desde el socialismo científico:

Si se echa una ojeada sobre la sucesión histórica de las filosofías, la teoría del derecho aparece como una transposición del espiritualismo cristiano desembarazado de su misticismo grosero. El Evangelio anunció al esclavo que tiene un alma semejante a la de su dueño, e instituyó así la igualdad de todos los hombres ante el tribunal celestial. En la práctica, el esclavo siguió siendo esclavo y la sumisión se convirtió para él en un deber religioso. Hallaba en la enseñanza cristiana una satisfacción mística a su oscura protesta contra su condición. Al lado de la protesta, el consuelo. «Aunque te parezcas a un asno que rebuzna, tienes un alma eterna», le decía el cristianismo. Resonaba en ello una nota de indignación. Pero el cristianismo añadía: «Hasta siendo parecido a un asno que rebuzna, tu alma inmortal recibirá una recompensa eterna». Estas dos notas se han soldado en el cristianismo de diversas maneras, según las épocas y clases. De un modo general, el cristianismo, como todas las demás religiones, se transformó, por tanto, en un medio para adormecer la conciencia de las masas oprimidas.

El derecho natural, convertido en teoría de la democracia, le decía al obrero: «Todos los hombres son iguales ante la ley, cualquiera que sea su origen, su calidad de poseedores o de no poseedores y el papel que desempeñen; todos gozan de un derecho igual a decidir por sufragio los destinos del pueblo». Esta norma ideal ha realizado una labor revolucionaria en la conciencia de las masas, en la medida en que condenaba el absolutismo, los privilegios aristocráticos y el sufragio censatario. Aparte de esto, no ha hecho más que adormecer progresivamente la conciencia de las masas, legalizar la miseria, la esclavitud y la humillación.

Se comprende ahora mejor la necesidad por parte del Consejo Nacional de la Resistencia de presentar al capital monopolista como «feudalismos económicos y financieros». Es la necesidad de presentarse como progresista. Y también se comprende mejor el significado



de algunas de las consignas del movimiento. *No somos mercancía en manos de políticos y banqueros* es la expresión negativa, más integradora, de *somos ciudadanos indignados, responsables y comprometidos*. Aunque parezcas un obrero parado, eres un ciudadano.

La indignación, las acampadas, las asambleas... etc., son a la vez una respuesta de clase y una respuesta atravesada por la lucha de clases. Y no se puede olvidar ninguno de estos dos aspectos, a riesgo de situarse políticamente en la ilusión o en el inmovilismo. Respuesta de clase... pero ¿de qué clase? De una clase que para casi nadie existe, de una clase que casi nadie piensa, ya sea desde una concepción maniquea de la lucha de clases –capitalistas y obreros– o desde su negación o subordinación –ciudadana y humanista. El movimiento indignado es un movimiento, por sus formas de organización y de lucha, por su programa y por su composición mayoritaria, por sus prácticas, de la nueva pequeña-burguesía (estudiantes, trabajadores intelectuales, etc.). Esta clase social ha sufrido, como todas las clases subordinadas, los efectos de la crisis y de las reformas laborales, de pensiones, etc. Lo decisivo es que han sufrido, y sufrirán, los recortes en los servicios sociales como productores o futuros productores, y no sólo como ciudadanos que dejan de recibir un servicio.

Afirmar esto puede parecer tajante, pero no sólo los discursos tienen historia. La organización en asambleas con moderadores, la práctica del consenso e, incluso, los gestos que muestran la posición respecto a lo que está diciendo el orador arraigaron en la que ha sido la vanguardia del 15-M en el movimiento contra Bolonia. Su aceptación generalizada proviene, entre otras cosas, de la cohesión de entonces. Pero no sólo puede observarse en prácticas concretas. También se ve la historia de las luchas contra Bolonia en el 15-M en dos de los debates internos que las marcaron:

1. Cómo partiendo de las asambleas se podían compartir análisis y propuestas y coordinar las acciones en diferentes universidades.
2. Qué papel tienen las organizaciones (políticas, estudiantiles, etc.) dentro de las asambleas.

Esos debates no se resolvieron entonces y todo acabó en derrota. Y no se han resuelto tampoco ahora, porque como dice Zizek prologando a Mao en *Akal*:

Lo que, hoy en día, impide el cuestionamiento radical del capitalismo mismo es precisamente *la creencia en la forma democrática de la lucha contra el capitalismo*.

Respecto a esta cuestión, que no es otra que las posibilidades y condiciones de lucha conjunta de la clase obrera y la pequeña-burguesía, Marx escribió lo siguiente en 1850:

En el momento presente, cuando la pequeña burguesía democrática es en todas partes oprimida, instruye al proletariado, exhortándole a la unificación y conciliación; ellos desearían poder unir las manos y formar un gran partido de oposición, abarcando dentro de sus límites todos los matices de la democracia. Esto es, ellos tratarán de convertir al proletariado en una organización de partido en el cual predominen las frases generales social-demócratas, tras del cual sus intereses particulares estén escondidos y en el que las particulares demandas proletarias no deban, en interés de la concordia y la paz, pasar a un primer plano. Una tal unificación sería hecha en exclusivo beneficio de la pequeña burguesía democrática y en perjuicio del proletariado. La clase trabajadora organizada perdería su a tanta costa ganada independencia y advendría de nuevo un mero apéndice de la oficial democracia burguesa. Semejante unificación debe ser resueltamente rechazada.

La política comunista sobre las relaciones entre la clase obrera y la pequeña burguesía democrática ha sido expresada en numerosos textos desde aquel cuarto capítulo del Manifiesto del Partido Comunista (*Actitud de los comunistas ante los otros partidos de oposición*). Quizás ninguno tan claro en este punto como la *Circular del Comité Central a la Liga Comunista*



que acabamos de citar, pero en política nunca sirve la aplicación mecánica de recetas. Más allá de la dificultad para aplicar esta cita a las circunstancias actuales en lo referente a qué se entiende por organización de partido, cuestión absolutamente mediada por la socialdemocracia y el estalinismo, que complica entender lo que expresaba Marx por partido, el problema es la casi inexistente independencia de la clase obrera.

El capitalismo está cambiando. Si la crisis del 29 se puede interpretar con un proceso de reajuste del capitalismo competitivo hacia el capitalismo monopolista, la crisis actual supone los últimos pasos de algo que empezó hace mucho tiempo –tras la derrota del 68 y la crisis del petróleo del 73– y que es una realidad mucho más avanzada en países como EE.UU. o Inglaterra. Capitalismo flexible, capitalismo cultural, posfordismo, capitalismo cognitivo, destitución del estado...: trata de nombrarse, pero siempre parcialmente. No es una reorganización empresarial. No es una nueva filosofía de mercado. No es una nueva política. No es una cuestión ética. Es lucha de clases en sus tres niveles, a la vez entrelazados, articulados, absolutamente afilados.

8 Cuando allá por el 2009 el *think tank* neoliberal *Fundación Everis* lanzó el informe *Transforma España*, llamaba a la Sociedad Civil a recuperar su papel frente a un estado anquilosado, incapaz de responder a las necesidades de los nuevos tiempos. Y cuando hablan de Sociedad Civil hablan de nosotros. No se refieren a los inmigrantes. No se refieren a los obreros. No se refieren a las empleadas domésticas. Hablan de universitarios, de trabajadores intelectuales, de gente con toda concepción del mundo, que puede o quiere opinar sobre cualquier tema, en la que el sistema ha invertido bastante para formarlos y que están en paro, con trabajos precarios o asqueados de la corrupción de los políticos. Gente que necesita otro mundo porque le han dicho que lo merece, y *Everis*, y muchos más –quizás la aparición de los partidos piratas sea expresión de esta fuerza social–, dicen que es posible e imprescindible.

El Capital necesita una estructura máximamente dinámica, ciclos de reproducción muy rápidos, producción y consumo más unidos y, en otras palabras, que lo que no funciona, lo que no se vende, lo que no compite suficientemente, lo que no es lo mejor, el que no es el más listo, se vaya al hoyo lo más rápidamente posible. Por eso estorba el estado. Ya lo sabemos. Pero, sin embargo, ha jugado su papel: ha formado toda una generación de tipos a los que se les ha convencido de que merecen algo mejor, de que son ése que puede ser más listo que nadie. Por eso los políticos estorban. Son corruptos, están fuera de la horizontalidad de nuestra Sociedad Civil, marcada por el cómo todos estamos sometidos a la oferta y a la demanda. Una nueva pequeña burguesía para liderarla, formada en Universidades Públicas, que desea movilizarse, que tiene muchísimas ideas y que conseguirá el contrato de su vida con una multinacional.

Esto lo corta todo. Esta lucha se sostiene, se concreta, transita, con y contra Rubalcaba, con y contra el 15M, con y contra las organizaciones sindicales, los partidos políticos... Pero no tiene, a largo plazo, nada que ver con la política estatal tradicional. Las grandes corporaciones están aquí, y su soldado es un chico con una beca posdoctoral y ganas de comerse el mundo en su horizonte postbolonia.

Esta gran ofensiva capitalista, elaborada en *think tanks* de todo el mundo, con unas prácticas políticas concretas, con herramientas probadas –por ejemplo: el *open source-código abierto* con el que se elaboró Linux es la misma metodología con la que el *Tea Party* norteamericano elaboró su *Contract from America*; de abajo a arriba, por supuesto– apela directamente a los trabajadores intelectuales de buena parte del mundo, desde luego también a los españoles. Nos llama, nos ofrece sus extraordinarias concreciones y su libertad. Siempre en alianza con el Gran Capital. De nuevo: montarás tu empresa, serás el más listo, yo te haré un contrato.

No nos engañemos. Ésta ha sido la posición histórica del trabajo intelectual, con la única diferencia de que ahora no es a través de la administración pública tradicional como se hará efectiva. Por tanto, nos engañamos cuando creemos que las similitudes entre los movimientos que surgen hoy y las aspiraciones del Capital se deben a infiltrados. Es una cuestión mucho más profunda.



Cuando *Kaos en la red* publicó el currículum de un colaborador de Everis que participaba del movimiento 15-M, trató de desenmascarar algo que, en realidad, no está oculto. No son una secta. No son una nueva masonería. Es lucha de clases y es explícita y abierta. Está planificado, lleva años fraguándose, hay una ideología muy concreta detrás, es su guerra.

Pero, a la vez, sabemos que siempre hubo otra guerra. NUESTRA guerra. La de los trabajadores intelectuales que se articulaban con los obreros, no con el Capital. Utilizar nuestros conocimientos al servicio de las prácticas obreras y su organización, para hacer la revolución.

Pero ¿cuáles son esas prácticas?, ¿qué organización?, ¿dónde están los obreros? Ésa es la diferencia. En todos estos años de dismantelamiento de movimiento revolucionario, mientras el Capital ha concretado sus alianzas con la nueva pequeña burguesía, a nosotros ¿qué nos queda? ¿Qué ofrecemos? Alianza con un ¿fantasma?

Ése es el problema. Es el momento de buscar en la historia, de aprender del presente, pero, siempre, sabiendo cuál es el combate y a quién apela directamente el Capital; cuál es la batalla, quién va a protagonizar esta lucha. Organicemos nuestros *think tank*, concretemos las luchas, preguntemos por el Poder, traduzcamos nuestro discurso y, a la vez, busquemos en nuestra teoría. El Capital tiene la ventaja pero los obreros de todo el mundo siguen siendo la base. Y el movimiento cada vez es más consciente de ello. Como pruebas están la decisión de descentralizar las asambleas en barrios y los intentos por convocar una huelga general y llevar las asambleas a los centros de trabajo.

En agosto Zizek confundió la consigna en *Shoplifters of the World Unite*, artículo publicado en *London Review of Books*, y que tradujo S. Seguí en *Rebelión* como *Ladrones del mundo, uníos*. En él reflexionaba acerca de los sucesos de Londres, del Norte de África, de España y de Grecia. Juicios: violencia sin mundo, islamistas más militares, no hay programa, no hay partido. Quizás en Grecia haya una revolución... pero es improbable:

Esto claramente no es suficiente para imponer una reorganización de la vida social.

Para conseguirlo se necesita un organismo fuerte, capaz de tomar decisiones rápidas y ponerlas en práctica con todo el rigor necesario.

El problema del artículo de Zizek es que valora todo el movimiento a partir del manifiesto de convocatoria del 15M de *¡Democracia real YA!* Si su conclusión es acertada no lo es por la unilateralidad del elemento de análisis ni por usar una foto fija en un proceso que ha continuado. Lo es porque se plantea el análisis desde determinadas preguntas adecuadas: ¿De qué actividad revolucionaria independiente son capaces las masas? ¿Pueden ellas, como lo dice el maoísmo, «contar con sus propias fuerzas»? ¿Cuál es la relación del movimiento de masas con las grandes instituciones políticas inertes del imperialismo: el parlamento y los sindicatos? ¿De qué partido político tiene la clase necesidad a día de hoy? ¿Cuál es la esencia del sujeto político constituido? Badiou las plantea y da una respuesta abierta a la acción de las masas y de la clase en la obra citada anteriormente:

Para nosotros, la lógica del Sujeto político, la lógica de clase, no está en continuidad con el movimiento de masas. El partido es un proceso particular, interno a las masas, pero que efectúa una ruptura particular, la de la política, la del comunismo. De hecho, el Partido es más y muy otra cosa que un instrumento. El Partido integra en su presencia en las masas aportes heterogéneos: en particular aportes de carácter ideológico y teórico. La lógica de su desarrollo no se inscribe únicamente de los motines. Hay una continuidad particular, que no es tampoco la inercia de la institución, sino que es la continuidad de la política proletaria. Y para pensar hasta el final la continuidad de esta política es preciso pensar que hay, en las masas, algo más que la disolución de las series. Es preciso pensar que la actividad y las ideas de las masas tienen una justeza interior, que no está solamente presente en el grupo en fusión. En suma, es preciso pensar que la actividad popular no es solamente el retorno, o la inversión de la pasividad. Brevemente, hay



que pensar que, en todo momento, las ideas y las prácticas populares son divisibles, contradictorias, y que la experiencia colectiva no puede ser nunca tomada únicamente en la contradicción actividad/pasividad. Si tenemos confianza en las masas es porque precisamente sus ideas producen también procesos que cambian de terreno, que afirman lo nuevo, en el exterior de la oposición actividad/pasividad.

Sí, prácticas contradictorias y cambio de terreno. Como afirmábamos arriba hay que buscar en la historia, no sólo respuestas, también errores que no repetir. Para ello usaremos dos ejemplos, dirigidos cada uno de ellos de manera primordial, aunque no excluyente, a nuestros lectores asiduos y a los activistas del 15-M.

El primero se refiere a la posición de la III Internacional frente al fascismo y los virajes del VI y VII Congresos de la III Internacional, celebrados en 1928 y 1935 respectivamente. En 1928 se aprobaba la consigna «clase contra clase» y se consideraba como enemigo principal al *social-fascismo*. Los partidos de la II Internacional eran meros colaboradores de la burguesía y quien dice que son colaboradores dice que *son burguesía*. ¿Para qué complicar más las cosas? En 1935, en pleno apogeo stalinista y una vez que Alemania acompañaba a la *retrasada* Italia, es decir, el fascismo italiano ya no podía tratarse como una excepción, al frente único proletario se le sumaba la creación de frentes populares antifascistas, cuestión ésta de la que en España tenemos alguna noticia. Lo fundamental es que esta suma no constituye una simple transformación aritmética, sino un cambio total en la política de alianzas y el abandono de la consigna «clase contra clase». La pequeña burguesía pasó de ser la enemiga principal, por su influencia reformista en la clase obrera, a ser la aliada principal, en defensa de la democracia formal. ¿Atención a la coyuntura? ¿Precisión a la hora de valorar el momento histórico? ¿Inteligente manejo de las circunstancias? Virajes, y no por errores teóricos de tal o cual dirigente, sino por los efectos de la lucha de clases entre burguesía y proletariado que tuvieron como resultado, como señala Poulantzas, la ausencia de línea de masa –formación táctica que se adopta para concentrar varias unidades de características distintas en un espacio reducido– y el abandono del internacionalismo.

10

El segundo hace referencia a la comparación programática de los movimientos estudiantiles pre-crisis –68» respecto a 1973 y anti-Bolonia respecto a 2008 y lo que sigue. La lucha contra Bolonia se articuló en torno a tres ejes:

1. La denuncia de falsedad de los argumentos que justificaban los cambios: homologar titulaciones a nivel europeo y adecuar la formación a las necesidades del mercado laboral.
2. El aumento de las dificultades de acceso a la universidad pública de las clases populares y de compatibilizar estudios y trabajo.
3. La privatización de la universidad, el modelo empresarial de gestión y la gestión directa por empresas.

Compararemos con varios fragmentos del panfleto *¡Vuestra lucha es la nuestra!*, escrito y repartido por el «Movimiento 22 de marzo», que convocaba a una manifestación en la Estación de Lyon el 24 de mayo de 1968.

Hay estudiantes que a la salida de la Universidad no encuentran empleo. ¿Acaso luchamos para que lo encuentren, por una buena política del empleo de los diplomados? Eso estaría bien, pero no es lo esencial. Esos diplomados en psicología o sociología llegarán a ser los seleccionadores, los psicotécnicos, los orientadores que tratarán de mejorar vuestras condiciones de trabajo; los diplomados en matemáticas llegarán a ser los ingenieros que ponen a punto las máquinas más productivas y más insoportables para ustedes. [...] Hay un 10% de hijos de obreros en la enseñanza superior. ¿Nuestra lucha busca que haya una mayor cantidad, una reforma democrática de la Universidad? Eso sería bueno, pero no es lo más importante. Esos hijos de obreros llegarán a ser estudiantes como los otros. Que un hijo de obrero pueda llegar a ser gerente, no está en nuestro programa. Queremos suprimir la separación que existe entre trabajadores y obreros dirigentes.



Si no sería legítimo homogeneizar Mayo del 68» a tenor de este panfleto, cosa similar a lo que unas líneas antes criticábamos a Zizek, sirva para expresar una idea: muchos años de posfordismo, capitalismo cognitivo, capitalismo cultural, etc., han llevado a creer a los trabajadores intelectuales –únicos consumidores de dichas ideas– que son clase obrera, por el simple hecho de que el trabajo asalariado de unos lleva al beneficio de otros. Esto es simplificar demasiado las cosas. Y sin que sea malo *per se* simplificar en aras de la claridad, es intolerable cuando esto acarrea graves errores políticos. Y éste es el caso, sobre todo porque un obrero manual no se deja engañar por *teorías* que, además, no conoce. Esto sí lo entendieron:

¿Por qué nosotros, estudiantes, hijos de la burguesía, criticamos la sociedad capitalista? Para un hijo de obrero, llegar a ser estudiante significa salir de su clase. Para un hijo de burgués, es quizás la ocasión para conocer la verdadera naturaleza de su clase, de interrogarse sobre la función social a la que se le destina, sobre la organización de la sociedad, sobre el papel que ustedes desempeñan. Nos negamos a ser los eruditos amputados de la realidad social. Nos negamos a ser utilizados en provecho de la clase dirigente. Queremos suprimir la separación entre trabajo de ejecución y trabajo intelectual y de organización. Queremos construir una sociedad sin clases; el sentido de vuestra lucha es el mismo.

Todo acabó cuando De Gaulle, el caudillo admirado por Hessel, advirtió a los sindicatos de que estaba dispuesto a dirigir los blindados contra París. Después de la derrota no quedaron muchas opciones para los protagonistas de la lucha, al margen de la integración en lo que se negaba. Otras fueron ensayadas sin que se produjese ninguna verdadera transformación: el terrorismo –*Baader-Meinhof, Brigadas Rojas*–, el *establecimiento* –proletarizarse voluntariamente entrando a trabajar en fábricas– o la militancia hesseliana –por una causa particular: diversos grupos excluidos, solidaridad con luchas en países lejanos, etc. Si todas ellas compartían críticas razonables a los partidos y sindicatos obreros tradicionales, que hoy persisten en el 15-M, no trascendieron la lógica de la denuncia y la resistencia.

Ya es hora de completar lo sugerido en la cita inicial por Lenin. Como habrá observado el lector hemos cambiado el orden de exposición, pero hay que advertir que el análisis es previo a ésta.

No somos mercancías en manos de políticos y banqueros... lo cierto es que sí lo somos. El abandono político del internacionalismo ha hecho que numerosos investigadores estudien las sociedades occidentales al margen de la cadena imperialista. Esto ha conducido a un error gravísimo: sentenciar el fin de la sociedad industrial y con ella la teoría laboral del valor, cuando tan sólo ha habido un desplazamiento de las fábricas hacia los BRIC y otros países. Porque si los obreros son la base de las sociedades capitalistas lo son en tanto que productores de valor. El capitalismo, como modo de producción dominante a escala planetaria, sólo puede empezar a estudiarse a nivel mundial para luego aterrizar en las distintas formaciones sociales o eslabones de la cadena.

Y no son obreros ni los trabajadores públicos –aunque contribuyan a la reproducción de la fuerza de trabajo (médicos, profesores, etc.) o de las condiciones generales de la producción (policía, ejército, judicatura, etc.)–, ni los trabajadores de servicios privados –cuya fuerza de trabajo es cambiada por renta y no por capital–, ni los trabajadores del sector comercial y bancario –cuya actividad está fuera del proceso de producción en sentido estricto. Tampoco son obreros productivos los destinados a que su trabajo aumente la productividad de los trabajadores productivos –ingenieros, técnicos, etc. Al respecto, Marx señalaba lo siguiente –se cita la edición de *El Capital* de Fondo de Cultura Económica de 1959:

El capital industrial es la única forma de existencia del capital en que es función de éste no sólo la apropiación de la plusvalía o del producto excedente, sino también su creación. Este capital condiciona, por tanto, el carácter capitalista de la producción; su existencia lleva implícita



la contradicción de clase entre capitalistas y obreros asalariados. [...] El capital-dinero y el capital-mercancías, en la medida en que aparecen, con sus funciones, como exponentes de una rama propia de negocios al lado del capital industrial, no son más que modalidades de las distintas formas funcionales que el capital industrial asume unas veces y otras abandona dentro de la órbita de la circulación, modalidades sustantivadas y estructuradas unilateralmente por la división social del trabajo.

A la confusión ha conducido, sin ninguna duda, que se haya explicado hasta la saciedad la explotación capitalista a partir de la relación entre el capitalista individual y el obrero individual, cuando el capital es una relación social, no una relación intersubjetiva. Pero también el hecho objetivo de que los trabajadores improductivos comparten más que nunca determinadas condiciones de vida con los trabajadores productivos: la salarización de su actividad y todo lo que ello implica frente a la forma mercantil simple tradicional (ejercicio de profesiones liberales por cuenta propia o artesanía). Poulantzas lo señala en *Las clases sociales en el capitalismo actual*:

Desde el punto de vista del capitalismo individual, esos trabajadores asalariados aparecen, *para él*, como fuente de beneficio. Pero desde el punto de vista del *capital social* y su reproducción, el beneficio del capital comercial y bancario no resulta de un proceso de creación de valor, sino de una *transferencia del plusvalor* creado por el capital productivo; estos trabajadores asalariados contribuyen simplemente a la repartición de la masa de plusvalor entre las fracciones del capital, según la tasa de beneficio medio. Indudablemente, estos trabajadores asalariados son también *explotados*, su salario corresponde a la reproducción de su fuerza de trabajo; «contribuyen a disminuir los gastos de circulación del plusvalor, llevando a cabo en parte trabajo no retribuido», se les extorsiona *plustrabajo*, pero no son directamente explotados según la relación de explotación capitalista dominante, la creación de plusvalor. Su trabajo no se cambia contra capital variable sino por el capitalista individual, mientras que, desde el punto de vista del ciclo de conjunto del capital social y de su reproducción, esta retribución constituye un gasto improductivo del capital, y forma parte de los falsos gastos de la producción capitalista.

Son el capitalismo monopolista y el imperialismo los que permiten que la plusvalía que se extrae a los obreros productivos de todo el mundo sea transferida entre las distintas fracciones de la burguesía y que haya aumentado el número y la importancia política de los trabajadores improductivos en las metrópolis. Y precisamente es esto lo que está en crisis, por la recuperación de las economías de Europa del Este y la emergencia como potencias económicas y políticas de países como China, Rusia, India y Brasil. Este hecho ha sido fundamental en la crisis de sobreproducción que hoy vive el capitalismo mundial, más allá de la apariencia de una mera crisis financiera. En este sentido, señalábamos lo siguiente en el editorial del número 29:

Por ello, se quiera o no se quiera, en los escenarios posibles de salida de la crisis –de tipo reaccionario, pactista o revolucionario–, las correlaciones de fuerzas determinantes irán bajo guía de las correlaciones de clase fundamentales que hoy como ayer son la clase capitalista y la clase proletaria.

El movimiento 15-M como movimiento pequeño-burgués atravesado por la contradicción principal capitalistas/proletarios debe ser consciente de en qué consisten esos tres escenarios y qué papel supondría cada uno de ellos para él. El de tipo reaccionario consistiría en su desaparición: dominio del gran capital, vuelta a formas fascistas de estado y la continuidad de guerras imperialistas. El de tipo pactista en que, como señalábamos más arriba, los trabajadores intelectuales por iniciativa propia revolucionen los procesos en los que se transfiere el plusvalor, es decir, realmente tengan algo que ofrecer al gran capital en un hipotético pacto. El de tipo revolucionario en la recuperación del internacionalismo y la línea de masa.



Para que se dé el tercero es imprescindible combatir tres ideas que construyen/destruyen al movimiento:

1. El traslado de la soberanía nacional del ámbito político al económico a partir de formas de autarquía. Esto sólo beneficiará, a pesar de la intención o la retórica democrática, a que la salida sea del tipo reaccionario. Es imprescindible que el movimiento se plantee soluciones a escala, como mínimo, europea.
2. La organización asamblearia como práctica universal a partir del ciudadanía o el humanismo. Si esta práctica ha sido fundamental en la extensión del movimiento y en la afirmación contra las *instituciones políticas inertes del imperialismo*, no sería acertada la condena general a formas de organización obreras –como los partidos por células o los sindicatos revolucionarios– o a la presencia de organizaciones revolucionarias en los parlamentos.
3. La no-violencia como única práctica política legítima para enfrentarse al capital y la identificación de prácticas de lucha obrera con un componente violento, como los piquetes o la toma de fábricas, con el terrorismo. Es imprescindible que el movimiento asuma que es sólo una parte del pueblo y de las clases explotadas. Y que tenemos que construir un escenario en el que las luchas específicas de cada clase contribuyan a una salida que resuelva la contradicción principal del capitalismo: la producción social y la apropiación individual del producto del trabajo. Si no la clase obrera no se sumará a la lucha, por muchas decisiones y variadas formas de acercarse a ella que adopte el movimiento.

Como decía el Movimiento 22 de marzo:

Estas luchas son más radicales que nuestras legítimas reivindicaciones porque no buscan sólo una mejora en las condiciones de los trabajadores dentro del sistema capitalista, implican la destrucción de ese sistema. Son políticas en el verdadero sentido de la palabra: ustedes no luchan para que sea cambiado el Primer Ministro, sino para que el patrón no tenga ya más poder ni en la fábrica ni en la sociedad. La forma de lucha de ustedes, nos ofrece a nosotros, estudiantes, el ejemplo de la actividad realmente socialista: la apropiación de los medios de producción y la facultad de decisión para los obreros.

Vuestra lucha y nuestra lucha son convergentes. Es necesario destruir todo lo que aísla unos de otros (las costumbres, los diarios, etc.). Es necesario establecer la coordinación entre las fábricas y las facultades ocupadas.

Laberinto pretende huir tanto de los enfoques «clase contra clase» como de la amalgama en un frente popular en el que todos los gatos sean pardos, que tan sólo nos llevarían a repetir el pasado en un presente de derrota. Si la voluntad es imprescindible, no es menos importante el conocimiento de las condiciones en las que se desarrolla la lucha. Una y otras se determinan mutuamente.

La unilateralidad de clase nunca llevará a la sociedad sin clases. Entendamos y actuemos, que *Laberinto* sirva para ello.